

MABEL MORAÑA

---

## *El Periquillo sarniento y la ciudad letrada*

LA FILIACIÓN DE *EL PERIQUILLO SARNIENTO* (1816) COMO vástago americano de la picaresca española simplificó en exceso, muchas veces, la labor de la crítica. Esta se concentró más bien, siguiendo una tradicional tendencia eurocentrista, en la determinación de las cualidades genéricas del texto, tratando de verificar su fidelidad o desviación con respecto al modelo canónico. Otra perspectiva abren estudios como los de Noël Salomón, Jean Franco o Nancy Vogeley, en los que se atiende más bien al significado histórico-cultural e ideológico del texto de Lizardi.<sup>1</sup> A través de ellos se fundamenta el reconocimiento de la novela como ejemplo de crítica social en el México de la pre-independencia, articulando las estrategias discursivas del texto lizardiano al orden social que fuera establecido con la ciudad barroca y puesto en crisis por el pensamiento ilustrado.

Tres líneas de análisis quedan en todo caso al descubierto, al enfocar la obra de Lizardi desde una perspectiva socio-histórica: 1) la importancia de la urbe como ámbito complejo y contradictorio en el que se enfrentan intereses y proyectos sociales impulsados por sectores con creciente conciencia de clase, cuyas pugnas y alianzas ayudaran a configurar el estado nacional; 2) la interconexión de escritura y poder como elementos que expresan y modelan el imaginario social; 3) la importancia del diseño institucional que define el espacio político-ideológico que sirve de base a la burguesía criolla, a través del cual se fija al individuo a un aparato normativo que regula sus prácticas sociales. Desde estos tres niveles, queda claro que

*El Periquillo sarniento* pone tempranamente en práctica en América no sólo el carácter investigativo y dialógico del género novelesco, sino además su capacidad de presentación del imaginario colectivo como materialización simbólica tanto del sistema hegemónico como de los proyectos alternativos que se gestan en el interior de éste. Es este aspecto del desmontaje ideológico lizardiano el que conviene todavía resaltar, desde la perspectiva de una crítica de la cultura.

Aunque puede decirse con razón que, desde el punto de vista narrativo, “el pícaro que inventa Lizardi no es sólo un arcaísmo temático, sino también formal” (Rama 1986, 21) también es cierto que el texto inaugura la técnica interpelativa y el “documentalismo simbólico” que caracterizara a buena parte de la narrativa continental. Esto se realiza a través de la representación poética del “micropoder” institucional (administrativo, judicial, médico, educativo) minado ya por la mirada crítica de las nuevas clases sociales en ascenso. En efecto, si el ámbito que se ofrece a la mirada marginal de Pedro Sarmiento es el que corresponde principalmente a “la ciudad letrada”, será el “orden de los signos” (escritura, instituciones, prácticas de socialización) el que Fernández de Lizardi revelará al lector, dejando al descubierto los recursos simbólicos y discursivos a través de los cuales se reproduce ideológicamente el sistema de dominación imperial.<sup>2</sup>

Este énfasis en la interrelación entre poder, instituciones y escritura tiene en la novela un sentido epistemológico propicio a la burguesía criolla, alentada por “una ideología interpretativa de la realidad, disidente, crítica, que desembocaba fácilmente en un proyecto de cambio” (Romero 163). Por un lado, a través de su narración Lizardi desmitifica y expone las fracturas del orden imperante. Por otro lado pontifica y proyecta la utopía de un reformismo laico, elitista e ilustrado, que sentará las bases de una nueva identidad cultural y de un nuevo sistema de dominación. Este trabajo tiene por objeto enfocar algunos aspectos del desmontaje ideológico que Fernández de Lizardi efectúa en su captación del espacio urbano y del sistema institucional en tanto redes simbólicas y expresiones de “micropoder” en el ámbito de la dominación imperial.<sup>3</sup>

## 1. Poder, autoridad e instituciones: hacia una crítica de la cultura

El texto de Lizardi se articula teniendo como eje el desplazamiento de Pedro Sarmiento a través de una serie no casual de espacios públi-

cos y privados que constituyen la cotidianeidad virreinal. Ya ha sido señalado de qué modo ese tránsito “agota las máscaras sociales” de la realidad novohispana (Vidal 235), exponiendo las tensiones entre cultura oficial, cultura popular y cultura clandestina (marginal, censurada), oponiendo, en fin, a la minada cultura colonial el modelo posible de la emancipación y la modernidad.

Se articulan así en la novela, como cara y contracara de una misma perspectiva enunciativa, dos líneas ideológicas que se aplican a la formación social novohispana de la pre-independencia. Por un lado la que corresponde al desmontaje y cuestionamiento del orden virreinal; por otro, la línea del pensamiento reformista, fisiocrático y pre-burgués, influido por el Iluminismo. Ambas actúan como determinantes en la vida de Pedro, cuyo desplazamiento simboliza el tránsito hacia nuevas formas de conciencia y de inserción social, en el marco de una problemática relación entre Estado y Nación.

Las frustraciones, fracasos y desencantos de Pedro tienen así el sentido de un aprendizaje espontáneo, exitoso y sólo parcialmente institucionalizado que, siguiendo el modelo de la trayectoria arquetípica del héroe, revierte en un saber práctico en beneficio de la comunidad.

La valorización de la experiencia individual, reivindicada en la cultura novohispana ya desde el Barroco, tiene en *El Periquillo sarmiento* un doble sentido. Por un lado, produce al individuo como sujeto, es decir, lo promueve desde el nivel empírico de sus alternativas personales hacia formas de conciencia social que la novela concibe dentro de las fórmulas de un nacionalismo integrador. En segundo lugar, la experiencia personal de Pedro Sarmiento alegoriza el pasado histórico: Pedro es una figura paradigmática; su proceso de desventuras, cambios e integración final metaforizan la superación de las formas de socialización virreinal y la proyección hacia un futuro de estabilización y productividad.

La novela de Fernández de Lizardi tiene una obvia intencionalidad totalizadora. El ciclo vital del personaje abarca la génesis, desarrollo y desenlace de los conflictos sociales que en Pedro se actualizan y se proyectan hacia la colectividad, tal como se indica ya en el capítulo I: “Quid rides? Mutato nomine, de te fabella narratur” (“De qué mofas, si con distinto nombre de ti habla la vida de este hombre desarreglado?”), frase con que el narrador interpela a su lector real.<sup>4</sup>

La intención totalizadora se manifiesta también en cuanto a la representación del personaje como centro de una red de relaciones sociales que van definiendo y concretando la noción de poder en el contexto de la sociedad virreinal. Como Foucault ha indicado en su *Historia de la sexualidad*:

El poder no es una institución, ni una estructura, ni cierta potencia de la que algunos estarían dotados; el poder es el nombre que se atribuye a una situación estratégica compleja dentro de determinada sociedad (113).

Los personajes de Fernández de Lizardi importan menos por sus peculiaridades psicológicas o su pintoresquismo que por su representatividad. Es a través de ellos que se representan no ya las condiciones reales de existencia de los individuos en la sociedad colonial, sino “la relación imaginaria” que ellos mantienen con esas condiciones de existencia, es decir, el nivel ideológico a través del cual la estructura social se manifiesta en su opacidad, provocando un efecto de reconocimiento y a la vez de desconocimiento en el individuo que vive en ella.

El aprendizaje del protagonista es la síntesis de esa dialéctica vital de racionalidad y encubrimiento, de sombra y luz, a través de la cual aquél avanza en un proceso de asimilación en el que la razón, principio ilustrado, vence progresiva y trabajosamente a la mala fortuna, la ingenuidad y las influencias negativas que el entorno incorpora de manera constante. Es el paso de la alienación y la marginalidad a la conciencia social y la integración.

La trayectoria de Pedro se realiza en contacto con las instituciones que componen el aparato (represivo) de Estado (instituciones de gobierno, administración, policía, tribunales, prisiones) y en relación con aquellas sobre las que se apoya la sociedad civil, constituyendo lo que Althusser reconoce como aparato ideológico del Estado (instituciones religiosas, sistema escolar, familiar, jurídico, informativo y de producción cultural en sentido amplio). Su aproximación paródica a la amplia gama de profesiones y oficios completa el friso que exhibe y desmonta los mecanismos socializadores que son mostrados como una serie arbitraria de fallidas alternativas. El aparato institucional es corrupto, vulnerable, y comunica al individuo un sentimiento de alienación e inseguridad. Pedro actúa como taurero, ayudante de barbero y boticario, escribiente, falso médico, pasa de la fortuna a la pobreza, de la marginalidad a la integración. Agota

los mecanismos del fingimiento que desde *Infortunios de Alonso Ramírez* hasta *El Gesticulador*, de Rodolfo Usigli, aparecen representados en toda la literatura crítica mexicana. Así canaliza Fernández de Lizardi ese “realismo despiadado” que caracterizara a toda la reflexión social y filosófica del período y sirve como instrumento para la legitimación del proyecto liberal.<sup>5</sup>

Presentadas como ámbitos del imaginario social, las instituciones, espacialmente respresentadas o interiorizadas en principios, valores, gustos y conductas, configuran y guían la peripecia anti-heroica. Pero su acción respecto al individuo es casi siempre negativa, evidenciando una crisis de valores que se refleja en la praxis social y se generaliza a todos los niveles de la sociedad. A través de ellas se manipula un micropoder económico, político, judicial, cultural, que se aplica al individuo con arreglo a la normatividad decadente del orden virreinal. Las instituciones son así, muchas veces, ámbitos del abuso y la ilegalidad, o espacios represivos según lo que Foucault llama “instituciones de secuestro”, en las que la función disciplinaria excede los objetivos institucionales originarios (1983, 129).

La representación institucional sirve así como plasmación de un espacio moral y psicológico. La institución es sede del castigo, el escándalo, la humillación o los excesos de autoridad, y su representación en general motiva un discurso impugnador que se extiende desde la particularidad anecdótica hacia la totalidad social. Así hace *Januario*, por ejemplo, la defensa del robo ya que

el mundo está lleno de ladrones. Lo que tiene es nos roban con apariencias de justicia y otros sin ellas. Unos pública, otros privadamente. Unos a la sombra de las leyes y otros declarándose contra ellas [. . .] En fin, hermano, unos roban a lo divino y otros a lo humano; pero todos roban . . . (152).

A lo cual Pedro intenta responder sin éxito, evidenciando una vez más la tensión entre el nivel discursivo, de defensa teórica de la legalidad, y la praxis social generalizada.

Pedro Sarmiento sufre así desde la infancia la influencia de una serie de ambientes e individuos de los que se derivan las funciones de protección y guía que corresponden al hogar paterno. Como sucedáneos de su autoridad aparecen nodrizas, padrinos, curas, maestros, buenos y malos amigos, a través de los cuales se representa

la dispersión y desnaturalización del principio de autoridad y el descaecimiento de relaciones de poder con capacidad normativa.<sup>6</sup>

La experiencia de Pedro ilustra la peripecia del individuo cuya capacidad potencial de integración social se desvía y retarda al interior de la sociedad de castas, regida por los intereses mercantilistas y por el sistema de privilegios y valores degradados que esa sociedad legitima.

Las instituciones, que en su análisis de *La verdad y las formas jurídicas* Foucault clasifica como pedagógicas, correccionales y terapéuticas (124) aparecen en la vida de Pedro Sarmiento como un abanico de posibilidades que él vive, a través de su conciencia alienada, como una ilusión de autonomía. El texto de Fernández de Lizardi muestra en realidad los efectos de la sobredeterminación social, la reducción de las opciones dentro de una red de relaciones preestablecidas y el duro tránsito hacia la concreción de posibles estructuras futuras, difícilmente concebibles desde el horizonte de un orden social agonizante.

La conversión final del personaje se basa en el reconocimiento de la sistemática ruptura del pacto social entendida como una dinámica de culpa y castigo:

*¿Qué tengo ya que perder? El lustre de mi nacimiento se halla opacado con mis vergonzosos extravíos, mi salud arruinada con mis excesos, los bienes de fortuna perdidos con mi constante disipación, amigos buenos no los conozco, y los malos me desprecian y abandonan. Mi conciencia se halla agitada por los remordimientos de mis crímenes; no puedo reposar con sosiego, y la felicidad tras que corro, parece que es una fantasma aérea que al quererla asir se deshace entre mis manos (415).*

A través de la representación de la totalidad institucional en la etapa final del control imperial, el texto va planteando el problema central de los valores comunitarios y de la regulación colectiva como bases para la renovación social. De esta manera, las instituciones, los espacios públicos y domésticos, funcionan como centros dispersos desde los cuales se reproducen en sus últimos aletazos, los efectos de la *anacrónica ortodoxia imperial*. Pero al mismo tiempo ellos exhiben ya de manera indudable las fisuras del poder conservador superado por la *dinámica social de la urbe*.

Pedro Sarmiento funciona como unidad social a partir de la cual se pueden inferir las leyes que dirigen el desarrollo y mejoramiento comunitario; su vida no es solamente una retrospectiva narrativa

sino un punto de apoyo desde el cual se perfila el proyecto social nacionalista e ilustrado, que Lizardi entrevé desde su perspectiva reformista de intelectual urbano profesionalizado.

Las formas de regulación social que se producen en el interior del sistema institucional tienen como función integrar al individuo en un determinado sistema productivo, convirtiendo el tiempo y la fuerza individual en tiempo y fuerza de trabajo en beneficio de una estructura de poder asentada a nivel económico, político y cultural, en una situación de hegemonía.<sup>7</sup> El texto de Fernández de Lizardi cuestiona algunos aspectos del sistema económico (economía metalista, acumulación de capital, por ejemplo), pero se concentra principalmente en la desviación de las instituciones que, apartadas de sus objetivos civiles originarios, exponen la decadencia y contradicciones de una sociedad jerarquizada y excluyente.

Muchos de los personajes que aparecen en *El Periquillo sarniento* remiten sólo de manera muy mediatizada a esa estructura de poder, pero ilustran claramente sobre la derivación autoritaria que se concentra en el seno de la vida civil. Detentan cargos, posiciones sociales, funciones administrativas, eclesiásticas, educativas o represivas, que confieren a las diversas posiciones ideológicas una existencia material y objetiva. Otros se ubican simplemente al margen de un sistema social que los expulsa, manifestándose incapaz de absorberlos a través de políticas productivas y de una organización racionalizada. Por esa razón todos ellos se expresan a través de actitudes, conductas o rituales sociales que ilustran un sistema social saturado ética e ideológicamente.

La corrupción de funcionarios administrativos o eclesiásticos, la crueldad de los terratenientes, la ineficacia o maldad de los maestros, se contraponen en muchos casos, sin embargo, a la conducta civilista y humanitaria de otros — no por casualidad integrantes de la clase media, como anotara Noël Salomón — como representantes de la savia nueva que permitirá salvar el cuerpo social.

El fracaso institucional no es, por tanto, absoluto, ni se agota en sí mismo. Por detrás del deterioro institucional se vislumbra la decadencia del sistema económico que lo sustenta. Las instituciones tienen como función fijar al individuo a un determinado aparato productivo, y por lo mismo la decadencia de aquellas tiene correspondencias innegables con el derrumbe de éste. De las ruinas del orden virreinal, Fernández de Lizardi salva la responsabilidad so-

cial, el voluntarismo, la importancia de acciones y de opciones personales, y los proyectos como constituyentes del agente social colectivo de la totalidad social emancipada.

Las críticas al mercantilismo metalista, a los privilegios de la nobleza, al sistema de mayorazgos, al régimen de propiedad de la tierra, la defensa de la artesanía y los oficios mecánicos, la fe en la educación y en el trabajo, los reclamos por un civilismo estabilizador y productivo, apuntan, por tanto, a algo más que al demontaje crítico de la sociedad virreinal. Permiten sobre todo delinear la existencia de un proyecto utópico — un “provincialismo ilustrado y reformista” — que marca la perspectiva enunciativa, y que expone, a través de la figura de Pedro Sarmiento, sus posibilidades de realización.<sup>8</sup>

A partir de la posición antimercantilista y fisiocrática Fernández de Lizardi impulsa la formación de la idea de “nación” como totalidad estable y productiva, en que la autoridad se somete al bien comunitario, controlada por el paternalismo estatal. Desde la perspectiva del autor la reorganización civilista debe partir, como antes mencionáramos, desde un nacionalismo integrador, sin distinción de clases o razas, intentando incorporar también a los vastos sectores marginalizados por el sistema virreinal, y a quienes las luchas de independencia van incorporando como fuerza popular.<sup>9</sup> Por eso, aunque *El Periquillo sarniento* representa como tiempo narrativo el ocaso de la dominación imperial, es principalmente la novela de la post-independencia: se asienta sobre el proyecto utópico de la estabilización y el trabajo, de la moral civil, la abolición de privilegios y la consolidación nacional, proyecto caro a los sectores medios de una sociedad criolla largamente desplazada. La transición desde el pasado histórico de la colonia hacia el futuro civil emancipado no está representada en la novela más que en el nivel ambiguo de la alegoría. Pedro Sarmiento agota el repertorio institucional del virreinato y llega hasta la situación límite del intento fallido de suicidio, vivido como una farsa irresponsable. Es necesario cerrar el círculo de la ficción moralizante:

¿Qué mejor fruto podíamos sacar de estas dolorosas experiencias que el escarmiento para gobernarnos en lo futuro? (414)

Pedro descubre tardíamente que “la verdadera felicidad [ . . . ] es el fruto de la buena conciencia” (414) y entrega al individuo la lección principal, desde la perspectiva reformista: la conquista de un

espacio ético desde el cual elaborar la noción de consenso y bien comunitario, el respeto por el pacto social, la responsabilidad por las acciones propias, a través de las cuales se representa la colectividad.

La rehabilitación es un tránsito existencial y racional, una etapa “necesaria” y final en la trayectoria de un pícaro que sin embargo no adhiere al móvil picaresco del medro, quizá porque lo que está en juego es algo más que el ascenso social interclase: es la caducidad del sistema de dominación imperial, al que se aplican formas de enjuiciamiento marcadas por el signo de la modernidad, y la necesidad histórica de abolirlo.

Sin embargo, el proyecto lizardiano está concebido no solamente desde un determinado horizonte epocal, sino también a partir de una serie de condicionamientos que atañen a su propia colocación dentro del aparato socio-cultural, y que sirven para explicar en parte las características de su mundo ficticio.

## 2. “Requisitoria contra la ciudad letrada” (Rama 1984, 62)

La pluralidad ideológica representada en *El Periquillo sarniento*, el respeto por el público lector que anuncia una nueva etapa en la dinámica de comunicación masiva, la democratización lexicográfica del texto, el perfilamiento de “la utopía liberal” (Franco), definen un proyecto crítico-narrativo de vasto alcance, cuyos límites, sin embargo deben seguir siendo enfatizados por la crítica. Respecto a este punto, relacionado con el horizonte ideológico de Fernández de Lizardi, Rama ha indicado que

. . . la obra entera del Pensador Mexicano es un cartel de desafío a *la ciudad letrada*, mucho más que a España, la Monarquía o la Iglesia, y que su singularidad estriba en la existencia de un pequeño sector ya educado y alfabetizado que no había logrado introducirse en la corona letrada del Poder, aunque ardientemente la codiciaba (1984, 59).

Dos cosas deja en claro la reflexión de Rama. Por un lado, la idea de que los límites del proyecto lizardiano se vinculan a intereses sectoriales.<sup>10</sup> Por otro lado, la importancia de su énfasis en la urbe en tanto núcleo simbólico que materializa las relaciones de poder. A partir de la representación de aquella, el autor expresa no sólo su cuestionamiento del sistema total, sino, dialécticamente, su propio

condicionamiento ideológico. La relación que une poder, instituciones y escritura permite definir la dinámica total de la urbe como espacio de control social y reproducción ideológica:

A través del orden de los signos, cuya propiedad es organizarse estableciendo leyes, clasificaciones, distribuciones jerárquicas, *la ciudad letrada* articuló su relación con el Poder, al que sirvió mediante leyes, reglamentos, proclamas, cédulas, propaganda y mediante la ideologización destinada a sustentarlo y justificarlo. Fue evidente que la ciudad letrada remedó la majestad del Poder, aunque también puede decirse que éste rigió las operaciones letradas, inspirando sus principios de concentración, elitismo, jerarquización (Rama 1984, 41).

Estos son los principios que enfoca *El Periquillo sarniento*, como denuncia de una estructura de poder más que de un sistema de dominación político-económico. La “ciudad letrada” define, en su aspiración por lograr una “unívoca fijeza semántica”, los términos sobre los que se arma y organiza la sociedad civil.<sup>11</sup> Los conceptos de “pueblo” (Vogeley), progreso, libertad, las formas y alcances de la participación ciudadana, la consagración o impugnación del orden social efectuado por los “dueños de la letra” (Rama 30), la caracterización de los sectores sociales como hegemónicos o marginales (Adorno), la prevención contra la “heterogeneidad peligrosa” que amenazaba la homogeneidad cultural (Franco 11, Adorno 21) se van fijando a través de las prácticas “escriturarias” que se originan en el seno de “la ciudad letrada”. Es este entramado político-ideológico y cultural el que revela el texto de Lizardi, el mismo que se prolongará en las nuevas etapas del país independiente, en que la escritura, consagración máxima del orden de los signos, seguirá siendo cultivada como “una suerte de religión secundaria” (Rama 33). Desde el interior mismo de la estructura que impugna, el texto de Lizardi marca la transición entre el ocaso de la dominación imperial y los albores del estado nacional independiente. La consolidación de éste se corresponderá con el “encumbramiento de la escritura” (Rama 43), materializando una nueva alianza entre letra y poder:

El corpus de leyes, edictos, códigos, acrecentado aún más desde la Independencia, concedió un puesto destacado al conjunto de abogados, escribanos, escribientes y burócratas de la administración. Por sus manos pasaron los documentos que instauraban el poder, desde las prebendas y concesiones virreinales que instituyeron fortunas privadas hasta las emisiones de la deuda

pública durante la República y las desamortizaciones de bienes que contribuyeron a nuevas fortunas ya en el XIX. Tanto en la colonia como en la República adquirieron una oscura preeminencia los escribanos, hacedores de contratos y testamentos, quienes disponían de la autoridad que transmitía la legitimidad de la propiedad, cuando no la creaba de la nada; las disputas en torno a los títulos de propiedad fueron inextinguibles, concediendo otro puesto preeminente a los abogados (Rama 42–43).

Si más de un siglo antes el Alonso Ramírez de Sigüenza y Góngora vivió sus infortunios en el área periférica del imperio, dejando así al descubierto las contradicciones de éste, el tránsito antiheroico de Pedro Sarmiento recorre ahora la secuencia de instituciones, profesiones y cargos administrativos como un renovado ejercicio de la conciencia crítica. Las obras de Sigüenza y Góngora y Fernández de Lizardi representan dos asedios a la ciudad letrada que aunque distanciados temporal e ideológicamente, coinciden en más de un sentido. El aspecto más obvio es la representación de una desmitificadora trayectoria de aventuras que sirve para cuestionar la eficacia del régimen imperante. Pero los textos revelan, además, la misma ambivalente posición del productor cultural. A través de sus protagonistas, que más que remedar a los pícaros peninsulares representan sujetos y formas de conciencia social americanos, los textos demuestran, por un lado, la posibilidad de la distancia crítica con respecto al poder, sobre todo en la medida en que éste se traduce en autoridad y en prácticas concretas de participación social. Por otro lado, apelan a la representación de la marginalidad como dispositivo anti-hegemónico. Finalmente, dejan en claro la aspiración del letrado de conseguir una mayor entronización en el aparato institucional ya sea a través de una mayor remuneración, reconocimiento de su pensamiento “iluminado”, control de mercado, etc. La fijación de la crítica lizardiana en el nivel de los micropoderes de la sociedad civil, revela la definitiva fragmentación del proyecto imperial que en la obra de Sigüenza y Góngora se expresaba más bien como un sistema caótico y excluyente. En el caso de ambos autores, los intereses sectoriales condicionan el proyecto crítico-narrativo, y la utilización de la escritura como instrumento de desmontaje y a la vez de penetración dentro de los límites del poder impuestos por la ciudad letrada.

University of Southern California  
Los Angeles, CA

## NOTAS

<sup>1</sup> No se desconoce aquí la importancia de aportes como los realizados por Spell (1925, 1931), imprescindibles para un estudio biográfico y epocal de “El Pensador Mexicano”, o por Davis (1950, 1961, 1968) en cuanto a cuestiones lexicográficas en la obra de Fernández de Lizardi.

<sup>2</sup> Las referencias a “la ciudad letrada” y la idea del “orden de los signos” como plasmación y socialización del poder, siguen los conceptos de Rama (1984) especialmente en la elaboración que corresponde a los capítulos “La ciudad letrada” y “La ciudad escrituraria.”

<sup>3</sup> El concepto de “micropoder” institucional pertenece a Foucault. Ver por ej. *La verdad y las formas jurídicas* (134) donde señala además el valor epistemológico del poder entronizado en las instituciones.

<sup>4</sup> *El Periquillo sarniento* (México: Editorial Porrúa, 1976). Las citas se refieren a esta edición.

<sup>5</sup> En su análisis de la coyuntura histórica que corresponde al período pre-revolucionario, Picón Salas indica: “Del estudio de la naturaleza se pasa en transición lógica al estudio de la sociedad. O los métodos de medición y análisis de la ciencia naturalista se desean trasladar con un rigor semejante a los fenómenos sociales. Por primera vez — en contraste con el artificialismo, la fuga a lo abstracto, lo decorativo y lo verbalista del pensamiento barroco — se piensa ahora con un realismo despiadado. La crítica social de nuestros escritores de fines del XVIII se proyecta, sobre todo, a dos aspectos tan vitales de la estructura histórica como la educación y la economía. Crítica educativa y crítica económica preceden a la dialéctica política que habrá de esgrimirse en los días de la Independencia” (216).

<sup>6</sup> Vidal ha indicado que “el movimiento narrativo en *El Periquillo sarniento* buscará el reemplazo de una figura paterna incompetente por otra de eficiencia fundada en la razón capaz de corregir la desviación moral a través de una experiencia ejemplificadora vivida directamente ( . . . ) En estos términos Lizardi inaugura en la narrativa hispanoamericana la tendencia analógica de discutir la orientación de las culturas nacionales como si éstas fueran una familia necesitada de una fuerte autoridad paterna, metáfora explotada por la literatura burguesa hasta nuestros días” (299).

<sup>7</sup> Algunas ideas de Foucault respecto a las “instituciones de secuestro” se aplican al tratamiento general de las instituciones realizado por Fernández de Lizardi, que parece concebir el aparato institucional como eminentemente restrictivo, paternalista y “asistencial.” Así expresa Foucault por ejemplo, que “la primera función del secuestro era explotar el tiempo de tal modo que el tiempo de los hombres, el vital, se transformase en tiempo de trabajo” (1978, 133). Sobre el “estado asistencial” dentro de la concepción liberal ver Bobbio II: 930.

<sup>8</sup> Hernández-Sánchez Barba habla de un “provincialismo ilustrado de alta intensidad reformista” al referirse al ambiente ideológico que corresponde a la producción de Fernández de Lizardi (109). Romero, por su parte, indica que “Sin duda, el proyecto reformista llevaba implícito el proyecto revolucionario: fue una coyuntura favorable lo que empujó a las burguesías criollas a optar por el segundo. Aceptaron el desafío en algunas ciudades y desencadenaron revoluciones definitivamente urbanas, con las que dieron los pasos irrevocables que las sacaron del

viejo camino y las pusieron sobre el nuevo. Pero no hubo cambio ideológico sino, solamente, una extensión y acaso una radicalización de la ideología a la que hasta entonces estaban adheridas (168).

<sup>9</sup> Sobre los alcances y matices del concepto de “pueblo” Vogeley muestra no solamente las diversas acepciones verificables en el texto de Fernández de Lizardi, sino además el perfilamiento del proyecto utópico: “Thus, Lizardi in his narrative, in his editorial footnotes and in the diverse attitudes of his characters constructs a view of the lower social classes not just in terms of how they were in fact but also of how he imagines they might be suited to a new economic order” (463).

<sup>10</sup> Más allá de los intereses sectoriales, es importante tener en cuenta los propios reclamos de Fernández de Lizardi en cuanto a su situación económica, falta de empleo, etc., sobre los que da cuenta Spell. Al respecto Iñigo-Madrugal resume la posición del “Pensador Mexicano” como la de un individuo “ubicado socialmente al margen de las elites criollas y, por cierto, de los ricos peninsulares; afín al grupo de criollos ilustrados que iban a impulsar los proyectos independentistas, pero no totalmente igual a ellos, imbuído del sentimiento iluminista de los escritores de la época; sometido a las tensiones históricas de su tiempo . . .” (137).

<sup>11</sup> Aunque en otro contexto literario Adorno utiliza la caracterización que Rama hace de la ciudad letrada como ámbito de vinculación entre escritura y poder. Esa relación es también indicada en el trabajo de Franco sobre Lizardi, en el cual señala, por ejemplo (preocupándose también por la posición del letrado), que “lo que narra la novela es la caída de un criollo decente, primero en el leperaje y la criminalidad, y luego su redención a través del trabajo de administrador. Potencialmente, es éste el nivel del intelectual orgánico de la nueva sociedad burocrática que todavía estaba por construirse; esta sociedad necesitaba un estado basado en la escritura, y por lo tanto la creación de una clase administradora encarnada por el Periquillo reformado” (19–20).

#### OBRAS CITADAS

- Adorno, Rolena. “La ciudad letrada y los discursos coloniales”. *Hispanamérica* 48 (1987) 4–24.
- Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Medellín: Ediciones Quinto Sol, 1978.
- Bobbio, Norberto y Nicola Matteucci. *Diccionario de Política*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1985, 2 vols.
- Davis, Jack Emory. “Mexican Spanish and *El Periquillo sarniento*” *Arizona Quarterly* 6 (1950): 250–255.
- . “Picturesque ‘Americanisms’ in the Works of Fernández de Lizardi” *Hispania* 54 (1961): 74–81.
- . “Algunos problemas lexicográficos en *El Periquillo sarniento*”. *Revista Iberoamericana* 23 (1968): 163–171.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El Periquillo sarniento*. México: Ed. Porrúa, S.A., 1976.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1981.

- . *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1981.
- . *La verdad y las formas jurídicas*. México: Gedisa, 1986.
- Franco, Jean. "La heterogeneidad peligrosa: Escritura y control social en vísperas de la independencia mexicana." *Hispania* 34/35 (1983) 3-34.
- Hernández-Sánchez Barba, M. *Historia de América*. vol. 1. Madrid: ed. Alhambra, 1981.
- Iñigo-Madrigal, Luis. "José Joaquín Fernández de Lizardi" en *Historia de la Literatura Hispanoamericana Tomo II: Del Neoclasicismo al Modernismo* Luis Iñigo-Madrigal, Coord. Madrid: Ed. Cátedra, 1987, 135-144.
- Picón Salas, Mariano. *De la Conquista a la Independencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Rama, Angel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- . *La novela en América Latina*. México: Fundación Angel Rama/Universidad Veracruzana, 1986.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1976.
- Salomón, Noël. "La crítica del sistema colonial de la Nueva España en *El Periquillo Sarniento*. *Cuadernos Americanos* 138 (9165): 167-179.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de. *Infortunios de Alonso Ramírez en seis obras*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984.
- Spell, Jefferson Rea. "Mexican Society as seen by Fernández de Lizardi" *Hispania* 8 (1925): 145-165.
- . "The life and works of Jose Joaquín Fernández de Lizardi." Disertación U. de Pennsylvania, 1931.
- Usigli, Rodolfo. *El gesticulador. Pieza para demogogos en Teatro Completo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1963.
- Vidal, Hernán. *Socio-historia de la literatura colonial hispanoamericana: Tres lecturas orgánicas*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1985.
- Vogeley, Nancy. "The concept of 'the people' in *El Periquillo sarniento*." *Hispania* 70 (9187) 457-467.